Mundo laboral, mundo doméstico: obreras de la industria manufacturera de Guadalajara

Luisa Gabayet

Silvia Lailson

Introducción

LOS ESTUDIOS ANTROPOLÓGICOS en sociedades urbanas son cada vez más numerosos, a pesar del reto que implica combinar técnicas cualitativas en espacios que hasta hace poco se medían y estudiaban fundamentalmente a través de los números: estadísticas, censos y encuestas de grandes magnitudes.

Así, el análisis de la condición de la mujer, circunscrito a espacios específicos y delimitados, como puede ser el de la unidad doméstica o el de una planta fabril permite, con las técnicas de estudios de caso e historias de vida, conocer de cerca cómo y de qué manera ocurren los hechos; las historias de vida, además, posibilitan el examen de las variaciones a lo largo del tiempo.

En este sentido, nuestro objetivo es el de indagar la relación entre el mundo laboral y el mundo doméstico y la manera cómo se influyen mutuamente y se interrelacionan. En otras palabras, explorar cómo los condicionantes personales y familiares (edad, estado civil, escolaridad, composición del hogar y carga doméstica) limitan o permiten la permanencia de las mujeres en el mercado de trabajo y más específicamente en un empleo del sector formal de la producción y a la vez analizar cómo el tipo de empleo influye en la composición y organización del hogar.

Vamos a considerar 32 estudios de caso hechos en Guadalajara a mujeres obreras; 22 de ellas provienen de la industria maquiladora electrónica, y las 10 restantes de una empresa de alimentos.¹

¹ Los datos provienen de dos investigaciones más amplias hechas por las auto-

Mujer, hogar y trabajo

Los procesos de urbanización e industrialización han implicado una mayor participación de la mujer en el mercado de trabajo y esto ha llevado a los estudiosos a redefinir los conceptos que se relacionan con el papel de la mujer en la sociedad contemporánea. Un concepto clave sería el de la reproducción, que se había asociado tradicionalmente con la reproducción humana como un aspecto de la reproducción social total. Edholm, Harris y Young (1982:347-349) proponen un concepto de reproducción que corresponde a diferentes niveles de abstracción teórica: la reproducción social, la de la fuerza de trabajo y la humana o biológica. Estos planos permiten determinar la importancia de las relaciones masculino-femeninas, el grado en que la participación de la mujer en el mercado de trabajo es importante para entender su posición en la sociedad, y por último comprender cómo se controla la capacidad reproductiva de la mujer si este control determina su posición en un grupo determinado.

Por otro lado, diversos autores han enfocado su atención en la relación entre familia y trabajo, para explicar la participación de la mujer en el mercado y sus múltiples condicionantes. Algunos de ellos lo han hecho a nivel macro utilizando encuestas de cobertura nacional (Christenson, García y de Oliveira, 1989) y otros se han abocado a ver estas interrelaciones a niveles micro, privilegiando los estudios de caso (Jelin y Feijoó, 1984). Ambos dividen los condicionantes en tres grupos: contextuales, familiares e individuales.

Dentro de los contextuales están las condiciones económicas y sociales del lugar que se estudia (país, región o ciudad). Los familiares se refieren a la posición de la mujer en la unidad doméstica (estado civil, número de hijos, composición del hogar), lo cual se relaciona directamente con las responsabilidades domésticas que son socialmente asignadas a las mujeres. Por último, los condicionantes individuales de las mujeres se refieren a la edad y la escolaridad. La primera es el indicador básico del ciclo vital de la mujer y se relaciona muy estrechamente con la carga de responsabilidades domésticas que ésta tendrá. Por otra parte, ambas son aspectos clave en la oferta de mano de obra femenina y actúan como criterios de contratación en los mercados de trabajo.

Los factores familiares e individuales son cruciales por el papel

ras en la ciudad de Guadalajara: una sobre la mujer y el proceso de industrialización llevada a cabo por Lailson en 1984-1985, y la otra, sobre la industria maquiladora electrónica, realizada por Gabayet en 1987-1989. Cfr. bibliografía.

asignado a la mujer como ama de casa a cargo de las tareas domésticas ligadas a la reproducción cotidiana y generacional de la fuerza de trabajo (Beechey, 1978; Jelin y Feijoó, 1984). La participación de la mujer en actividades extradomésticas dependerá, por un lado, tanto de su carga de trabajo doméstico como de la posibilidad de delegarlo en otras mujeres y, por el otro, de las condiciones económicas de la unidad doméstica a la que pertenece.

El presente artículo se inscribe en esta línea de análisis al explorar, por medio de estudios de caso, las variaciones en las estrategias que adoptan las mujeres asalariadas en el sector industrial y que les permiten tener mayor disponibilidad para ocuparse de tareas extradomésticas.

Las investigaciones en Jalisco

En Jalisco, aunque las investigaciones sobre el mercado de trabajo femenino son incipientes, es posible encontrar diversos estudios y su número se ha incrementado a lo largo de la década pasada.

Un trabajo pionero fue el de Padilla (1978), quien al indagar sobre el trabajo de maquila domiciliario tuvo necesariamente que abordar el tema al descubrir que este tipo de tarea es llevada a cabo mayoritariamente por mujeres. En este mismo tenor se encuentra el trabajo de Gabayet (1983), quien al estudiar las industrias cementera, papelera y textil, encontró en esta última una importancia decreciente de la fuerza de trabajo femenina. Por último, también dentro de este contexto se ubica el trabajo de Escobar (1986), que realizó un análisis del mercado de trabajo tapatío y cuya muestra de 1 302 obreros comprendió 104 mujeres. Ésta constituye una submuestra que aporta datos sobre las condiciones laborales y características de las mujeres insertas en el mercado de trabajo (tanto formal como informal). Esta misma muestra es empleada por González de la Rocha (1986) para contextualizar las actividades asalariadas y las condiciones de trabajo de las mujeres en Guadalajara. Este capítulo forma parte de una obra más amplia que analiza las estrategias domésticas de 99 familias de bajos ingresos en Guadalajara.

Posteriormente, las investigaciones se empezaron a enfocar hacia el estudio de la mujer asalariada. Éste es el caso de la tesis conjunta de Hernández y Sánchez de Tagle (1983), quienes se abocan al estudio de las mujeres adornadoras de calzado en dos contextos distintos: el formal y el informal. Asimismo, Lailson (1987 y 1987a) hace un estudio diacrónico del papel de la mujer en el proceso de

industrialización en Guadalajara (1940-1980), privilegiando las industrias formales. Una selección de estos trabajos se encuentran en Gabayet *et al.* (1988).

Actualmente, varias investigadoras se han dedicado a analizar la mano de obra femenina en el sector productivo. Por un lado, están aquellos trabajos que han demostrado la importancia de la mano de obra rural femenina en la producción de bienes manufacturados (Hernández, en proceso; Arias, 1988). Por el otro, en el medio urbano se continúan las investigaciones sobre las empresas formales de Guadalajara. Una de ellas se realiza en las fábricas de productos electrónicos que surgieron sobre todo a partir de los setenta, que han tenido un desarrollo importante en esta ciudad —sin poderse comparar con el alcanzado en la frontera norte— y que constituyen un lugar preferencial de empleo femenino (Gabayet, 1988 y en prensa).

Aquí se ve claramente un vacío en el estudio de la esfera doméstica de las mujeres trabajadoras en el ámbito productivo de Guadalajara.² Es por ello que consideramos importante iniciar un primer acercamiento a este tema.

El contexto laboral

La actividad económica de la mujer se encuentra íntimamente relacionada con su posición dentro del hogar, de ahí que gran parte de dicha actividad tiene como característica la flexibilidad; se trata de empleos de tiempo parcial que les permiten regular el tiempo y ritmo de tareas de tal manera que la relación entre trabajo asalariado y doméstico no implica un conflicto serio. Por ello a muchas mujeres se les encuentra en el llamado sector informal o en el trabajo de maquila.

¿Qué ocurre con las que laboran en empresas formales y que, como veremos más adelante, no sólo conservan el empleo, sino que lo continúan a lo largo de sus vidas, a pesar de las limitaciones que les imponen las obligaciones derivadas de su responsabilidad en la reproducción social?

Las investigaciones que dan origen a este artículo se realizaron en dos contextos industriales: una fábrica manufacturera de cho-

² La excepción sería el trabajo antes mencionado de González de la Rocha (1986), en donde se describe el mundo doméstico de mujeres de bajos ingresos. Éstas son, en su mayoría, amas de casa o se dedican al trabajo en el sector informal.

colate de mesa y diez plantas donde se elaboran productos electrónicos. Estas empresas se pueden caracterizar como formales,³ contraponiéndolas al trabajo de maquila o de unidades productivas de pequeña escala.⁴

Los espacios destinados a la mujer en el contexto del proceso productivo local se han concentrado tradicionalmente en la pequeña y mediana industrias productoras de bienes de consumo final: ropa, calzado, alimentos y bebidas (Lailson, 1985).

Si bien estas medianas y pequeñas industrias continúan creciendo, actualmente lo hacen a ritmo más lento y además aparecen industrias nuevas con características diferentes (UNED, 1981:87-88). Estas últimas —que producen bienes intermedios y de capital, y entre las cuales se encuentra la electrónica— son cada vez más una alternativa importante de empleo femenino.

En Jalisco, principalmente en Guadalajara y su zona metropolitana, se han instalado importantes empresas de esta rama. La Burroughs y la Motorola ya se encontraban operando en Guadalajara en 1973. Cada una de estas firmas, con más de 500 trabajadores, en ese año se encontraban clasificadas dentro de las primeras 25 mayores empresas maquiladoras establecidas en México (Arriola Woog, 1980:87).

A la fecha existen en Guadalajara y sus alrededores más de una docena de industrias electrónicas, registradas o no como maquiladoras. Estas empresas representan varias formas de producción, pero todas ellas emplean fundamentalmente mano de obra femenina (Gabayet, 1988 y en prensa).

Las mujeres en la industria formal

El estudio de los dos contextos laborales tomados como objeto de investigación demostró que entre ellos hay tanto coincidencias como divergencias, que se reflejarán en el tipo de mano de obra que se emplea en cada uno. La diferencia más palpable tiene que ver con

³ Aquí no se utiliza el término "formal" en un sentido analítico. Su función es meramente descriptiva.

⁴ En las empresas formales hay una separación del espacio productivo y del de vivienda; la administración con frecuencia implica un complejo sistema burocrático. Éstas se encuentran registradas en términos fiscales, censales y en la Cámara respectiva; tienen beneficios que les otorga el Estado (estímulos fiscales e infraestructura); el proceso de trabajo está mecanizado y hay un control de la mano de obra; por último, el trabajo está reglamentado, normado y vigilado.

la edad pues, por la antigüedad de la empresa de alimentos, algunas de sus trabajadoras tienen una larga permanencia en el empleo y también, en promedio, mayor edad que aquellas que laboran en la industria electrónica. Por ejemplo, en la fábrica de alimentos la mayoría han permanecido en la industria entre 25 y 30 años, mientras que la minoría tienen entre tres y seis años de antigüedad. En relación con la edad, el promedio es de 45 años,⁵ algo por demás inusual en otras industrias.

En cambio, en la rama electrónica el promedio de edad es de 28.6 años (la mayor tiene 42, y la más joven, 20), aunque las casadas tienen un promedio más alto. Asimismo, su permanencia en la industria es más corta, ya que las empresas son de reciente creación. La que más tiempo de trabajo acumula en este tipo de fábrica tiene 19 años de labores ininterrumpidas.

De las 22 entrevistadas, 11 de ellas (el 50%) son solteras. La otra mitad están o han estado casadas o tienen hijos. Cuatro de ellas son casadas actualmente, otras cuatro son madres solteras y las tres restantes están separadas o divorciadas de su pareja y se encargan solas de mantener a sus hijos. El promedio de hijos por unidad doméstica es de 2.6. La entrevistada con más hijos tiene siete, y cuatro de ellas solamente uno (dos casos de madres solteras y dos de recién casadas).

En cuanto a las mujeres que trabajan en la planta de alimentos, de los diez casos estudiados cuatro son casadas, tres solteras, dos separadas y una es madre soltera. A ello hay que agregar que, con excepción de las tres solteras, el resto tienen hijos: la de prole más numerosa con ocho, y la que menos uno, y el promedio es de cuatro.

No se puede pensar, entonces, que la permanencia de las 32 mujeres entrevistadas en empleos formales se deba a que tienen familias pequeñas y, por tanto, pudieron compatibilizar mejor los ámbitos doméstico y laboral.

Otro aspecto que diferencia a unos y otros casos es la escolaridad. En la planta de alimentos, la escolaridad es baja —va desde aquella que nunca fue a la escuela hasta las que terminaron la primaria (dos). Esto se relaciona con la edad, pues en la niñez de nuestras entrevistadas, primero, no había las facilidades educativas con-

⁵ Las obreras que tienen planta no son las más jóvenes, pues la fábrica sólo requiere de entre 80 y 100 trabajadores fijos —de los que el 90% son mujeres— y la gran mayoría tiene diez o más años en la empresa. El resto de las trabajadoras son eventuales y su número depende de los avatares de la demanda.

temporáneas (estamos pensando en las décadas de los treinta, cuarenta y cincuenta); segundo, para ingresar al trabajo no se requería tener estudio alguno y, por último se dio la educación diferenciada por sexo que da preferencia a los hombres y margina a las mujeres, como veremos más adelante. Además, el abandono de los estudios formales estuvo muy ligado a su temprano ingreso al mercado de trabajo.

Las trabajadoras de la industria electrónica tienen niveles de escolaridad más altos. De nuestras entrevistas con hijos, cuatro tienen primaria completa; otras tres continuaron, luego de la primaria, con estudios de comercio y de enfermera auxiliar; tres más tienen secundaria, y una estudios de preparatoria.

Algunos análisis (Christenson, García y de Oliveira, 1989) consideran importante la ocupación del padre para los logros escolares de los hijos; sin embargo, en los casos aquí expuestos este hecho no parece influir grandemente sobre el nivel escolar de las obreras, ya que seis de ellas perdieron al padre por muerte, abandono o incapacidad laboral, y quien sacó adelante a la unidad doméstica fue la madre, en algunos casos ayudada por los hermanos(as) mayores. La escolaridad obtenida se debió en mucho, al esfuerzo de las madres para mantener a sus hijos en la escuela lo más posible; al sacrificio de los hermanos(as) mayores, quienes dejaron de estudiar para ayudar a sostener el hogar, y por último al esfuerzo de las mismas obreras.

Por ejemplo, una de nuestras entrevistadas, de 40 años, madre soltera con tres hijos, estudia actualmente el segundo año de secundaria abierta en la empresa en la que trabaja. Su padre, carpintero de obra negra, los abandonó y la madre sacó a la familia adelante poniendo una cenaduría. Nuestra entrevistada ingresó al mercado de trabajo a los 15 años, ayudando a un señor a hacer maniqués de yeso en un pequeño taller. Desde entonces no ha dejado de trabajar.

De las solteras dos tienen estudios de primaria, cinco de secundaria, otras dos de secundaria y comercio, y dos más concluyeron la preparatoria. Aquellas que tienen solamente la primaria son las mayores de la familia, y en ambos casos el padre faltó cuando ellas eran aún pequeñas. En un caso el padre sufrió un accidente y lo pensionaron, en el otro murió y la madre se vio obligada a trabajar como sirvienta y posteriormente en un taller de calzado para sacar adelante a la familia. La hija la relevó a temprana edad.

La escolaridad alcanzada resulta pieza primordial para insertarse en la industria electrónica, ya que estas empresas, a diferen-

cia de la fábrica de alimentos, exigen estudios de primaria o secundaria.

Los 32 estudios de caso revelaron, en general, una escolaridad menor para las mujeres que para los hombres de las unidades domésticas estudiadas, debido a la educación diferenciada por género, que es común y se deriva de las normas y valores transmitidos (cfr. González de la Rocha y Escobar, 1987).

En los párrafos que siguen pretendemos analizar la relación entre el mundo laboral y el mundo doméstico de las 32 mujeres entrevistadas,⁶ y de qué manera se influyen e interrelacionan, es decir, cómo los condicionantes personales y familiares —edad, escolaridad, estado civil, número de hijos, las diferentes etapas del ciclo doméstico, composición del hogar, cargas domésticas— han facilitado, limitado, inhibido o permitido la permanencia de las mujeres en el mercado de trabajo y cómo, a su vez, el tipo de empleo modifica o no, la composición y organización doméstica.

Las mujeres con hijos

Veamos ahora las características de las 18 mujeres con hijos. El promedio de asalariados por hogar es de 2.3 (seis en el que más hay y uno en el que menos). En nuestros casos, cuatro hogares —los de dos madres solteras y dos mujeres que se separaron del marido— cuentan con un solo asalariado (nuestra entrevistada) como único proveedor de ingresos. En estos hogares el salario único sirve para mantener a cuatro personas en promedio, que no siempre son solamente los hijos de la entrevistada, sino también una madre viuda, una hermana y una abuela de 83 años que cuida a sus bisnietos mientras nuestra entrevistada va al trabajo, y además ayuda a pagar sus gastos lavando y planchando “ajeno” dos días a la semana. Estas unidades domésticas son las que, en el momento del estudio, presentaron mayor pobreza. En el resto de los hogares se combina por lo menos un salario más.

En todos los ejemplos las mujeres entrevistadas aportan a su unidad doméstica la totalidad de sus ingresos, aunque únicamente 11 de ellas declararon hacerlo. El resto dijo guardar una parte, pero

⁶ De aquí en adelante trataremos a los 32 casos como un conjunto en donde lo significativo no es el tipo de empresa, puesto que ya hemos mencionado las diferencias (edad y escolaridad), sino básicamente la existencia o no de hijos, la composición de la familia y la posición de la mujer en ésta.

al preguntarles por el destino de este dinero aclararon que lo gastaban en útiles escolares, ropa y zapatos para sus hijos, en enseres domésticos, o que ahorraban para poder, algún día, comprar una casa. Nunca lo hacen para gastar en su persona ya que, sin admitirlo explícitamente, se reconocen como una extensión de los hijos y del hogar. Todas declararon que si dejaran de trabajar, el nivel de vida de sus unidades domésticas se vería seriamente deteriorado.

La vida laboral

Las casadas

Entre las ocho casadas (cuatro en la industria electrónica y el resto en la planta de alimentos), encontramos diversas causas de ingreso. En dos de nuestros casos las entrevistadas entraron al mercado de trabajo directamente a la rama electrónica, cuando estaban ya casadas. Una de ellas ingresó luego que liquidaron a su esposo (1986) de la Vidriería Guadalajara, con el fin de seguir teniendo acceso a las prestaciones que ofrece un empleo en el sector formal (Fonacot, IMSS). La otra porque el pariente que les prestaba la casa en que vivían comenzó a cobrarles renta y la economía familiar se deterioró mucho. Trabajó durante un año en una guardería infantil, pero esta actividad le resultó muy pesada y después entró en una empresa electrónica.

Las otras dos ingresaron a la rama electrónica después de terminar sus estudios (secundaria y comercio, respectivamente). Ambas lo hicieron para relevar a los hermanos mayores, que se casaron y dejaron de aportar sus ingresos a la unidad doméstica. Posteriormente también se casaron, tuvieron un hijo cada una y siguieron trabajando, una en la rama electrónica y la otra en el sector servicios.

De las cuatro restantes, trabajadoras de la chocolatera, todas empezaron su vida laboral a temprana edad: dos por crisis en la unidad doméstica (viudez del padre en el caso de una y de la madre en el de la otra); la tercera, por ayudar al marido, y la cuarta por tradición en la familia.⁷ Estas obreras tienen una vida laboral más

⁷ La obrera pertenecía a una familia de textileros, y como ha sido demostrado en múltiples estudios (Gabayet, 1983; Durand, 1986) se trataba de empleos que se heredaban por tradición y en los que participaban tanto hombres como mujeres.

larga y más “accidentada”. Dos entran al sector informal (tanto manufacturero como de servicios) y posteriormente a la chocolatera, donde permanecen largos años. La tercera empieza a trabajar al casarse (con un puesto de frutas fuera de la casa de la suegra), para ahorrar e iniciar la construcción de la casa. Igualmente se ayuda planchando y lavando “ajeno” y haciendo cenas fuera de su casa. Por último, ingresa a la chocolatera y tiene otros trabajos complementarios como limpiar la escuela particular donde estudian los hijos, y actualmente, con toda la familia, maquila en su casa. La última empieza su vida laboral como obrera textil, pero debe dejar el empleo porque modernizan la planta y es cuando, al llegar a la ciudad, ingresa a la chocolatera.

De las ocho casadas, siete nunca dejaron de trabajar (tan sólo lo hicieron en el tiempo que les correspondía por la maternidad) y una, a instancias del marido, abandonó el empleo al contraer matrimonio, pero al poco tiempo se incorporó de nuevo por la necesidad de obtener ingresos extra.

Un primer acercamiento a las historias laborales de las mujeres casadas nos muestra que en gran parte de los casos, las obreras empiezan a laborar por las crisis que se presentan ya sea en su familia de origen o en la de procreación.

Algunas de ellas dejaron el empleo al casarse, por la insistencia del marido de ser el único proveedor. Sin embargo, al crecer la familia, incrementarse los gastos o surgir otras necesidades (*vgr.*, las de la casa), las mujeres deben reingresar (o hacerlo por primera vez) al trabajo asalariado a pesar de la reticencia de los esposos para que sus mujeres dejen el ámbito doméstico.

Las madres solteras

Las cuatro madres solteras que trabajan en la industria electrónica empezaron su vida laboral a temprana edad (por falta del padre o casamiento de los hermanos mayores); tres de ellas lo hicieron en el sector informal (talleres y servicio doméstico) y una en servicios (empleada en una zapatería). Los hijos nacieron mientras se encontraban en el mercado de trabajo. Al aumentar las presiones económicas decidieron ingresar a un empleo más estable y mejor remunerado. Los padres de sus hijos no las ayudan en nada.

La que trabaja en la chocolatera entró al mercado de trabajo a los nueve años; primero en el sector informal, posteriormente en el formal, y ahí permaneció hasta que fue separada de su trabajo porque se embarazó (“fracasó”). Escondida, sobrevivió de bordar

y tejer en su casa, y al nacer su primera hija se empleó en una bonetería y después puso su propio puesto de mercería, para por último ingresar a la fábrica de alimentos. Mientras estaba ahí, tuvo tres embarazos más.

Lo que salta a la vista en las historias de dichas mujeres es que, si bien empezaron su vida laboral antes de nacer sus hijos, al tenerlos el salario se tornó indispensable ya que ninguno de los padres se han responsabilizado de ellos ni ha ayudado de manera alguna. Estos casos son en cierto sentido análogos a los que siguen, ya que estas mujeres son "...solas para sus hijos...".

Las separadas/divorciadas

Los casos de mujeres separadas/divorciadas son cinco. Tres son obreras en la industria electrónica y dos en la chocolatera. Un rasgo común a cuatro de ellas es que contrajeron matrimonio a muy temprana edad (dos a los 15 años, una a los 16 y otra a los 18). Tres de ellas se casaron porque resultaron embarazadas.

Otro elemento común a todos los casos es que la separación/divorcio se debió a que el marido era muy "mujeriego" y desobligado.

Uno de ellos migró a los Estados Unidos y mandó dinero durante un año, después los envíos se hicieron cada vez más raros y la entrevistada se enteró de que el marido ya tenía una segunda mujer allá. Decide pedirle que ya no regrese "...pues ni yo ni mis hijos lo necesitamos...". Antes ya había trabajado por periodos cortos como enfermera auxiliar para ayudar al marido y poder rentar la casa y salirse de la casa materna, y se empleó un año en una electrónica, trabajo que dejó cuando el marido se fue al "otro lado". Al principio fue difícil pues entró a trabajar como enfermera auxiliar y le daban únicamente turnos nocturnos, lo cual complicaba grandemente su vida. Al año un vecino la recomienda en una empresa electrónica y entra en el turno matutino, lo cual simplifica mucho las cosas pues sus hijos están también en ese horario en la escuela. (Entrevistas.)

Las otras historias son similares: al separarse del marido ingresaron al mercado de trabajo. Una de ellas directamente a una empresa electrónica; la otra tuvo un empleo previo en el sector servicios.

En los dos casos de las obreras de la planta de chocolate, la historia laboral empezó antes del matrimonio. Ambas iniciaron su vida de trabajo a muy temprana edad por falta del padre. Antes de entrar a la chocolatera laboraron primero en el sector informal. Una de ellas, al igual que en el caso de la madre soltera, fue separada

de su trabajo cuando quedó embarazada y posteriormente entró en la chocolatera.

Entre las separadas/divorciadas predominan las que ingresaron al mercado de trabajo cuando se dio la ruptura matrimonial. En estos casos el salario femenino se volvió esencial para la manutención de los hijos, ya que ellas quedaron como únicas responsables. El ingreso regular y la seguridad en el trabajo les da autonomía y les permite tener alternativas diferentes al regresar con el cónyuge.

Las mujeres sin hijos

En las unidades domésticas de las 14 solteras (11 de la industria electrónica y tres de la alimentaria) hay un promedio de tres asalariados por hogar, más alto que el de las mujeres con hijos. Únicamente tenemos dos casos con un solo salario y son los de mujeres que viven solas (unidades sin componente nuclear del jefe/unipersonales). En el resto se combinan por lo menos dos salarios, lo cual refuerza la idea de la "complementariedad" mayor de estos ingresos respecto a los de las obreras con hijos. En general, se trata de los salarios del padre y de los hermanos(as) de las entrevistadas, ya que casi todas ellas viven con su familia de origen.

A pesar de tener el mismo estado civil, las solteras no comparan iguales características. Podría pensarse que las que están insertas en la rama electrónica son muy jóvenes, con alta escolaridad y sin responsabilidades domésticas, como se ha reiterado tanto en la propaganda de las maquiladoras por los medios de difusión como en algunos estudios sociológicos (Arenal, 1986; Carrillo y Hernández, 1985; Iglesias, 1985). Sin embargo, algunas de las solteras que integran la muestra de las obreras de la industria electrónica difieren de esta definición. Por ejemplo, tenemos dos de 36 años y únicamente cuatro tienen menos de 25. La edad promedio de estas mujeres es de 26.8 años (36 la mayor y 20 la más joven). Esto es importante ya que en el medio obrero los matrimonios suelen realizarse a edad temprana.

Con la salvedad de las dos solteras de 36 años, las cuales han trabajado, respectivamente, 19 y 15 años en la misma empresa electrónica, las demás tienen una vida laboral más corta y con cambios entre diferentes empresas electrónicas y entre diferentes sectores (formal, informal, manufacturero, servicios).

Sólo cuatro tienen alrededor de 20 años y el trabajo en la industria electrónica constituye su primera y única experiencia labo-

ral. Por otro lado, estas últimas declararon que su sueldo no era indispensable para su unidad doméstica; contribuyen con poco dinero y el resto lo ahorran —en dos casos para comprar un automóvil y en otro para viajar a los Estados Unidos— o lo gastan en cosas personales.

En los demás casos, la vida laboral ha sido más larga, con cambios entre diferentes sectores, y el salario que devengan las obreras sí es indispensable para la sobrevivencia de la familia. El caso que más llama la atención es el de las solteras de 36 años, las cuales entraron al mercado de trabajo al desaparecer el jefe de familia y durante muchos años fueron el único sostén familiar. Gracias a ellas los hermanos y hermanas menores lograron una escolaridad más alta y por ende mejores oportunidades en la vida.

Las tres solteras que laboran en la industria alimentaria tienen 29, 45 y 60 años, respectivamente. La primera, al ser la mayor de ocho hijos, empezó a trabajar en la adolescencia, primero como empleada de servicios, después en una fábrica de plastilina, luego en otra de sal, y finalmente en la chocolatera. Si bien al principio su salario era indispensable para la supervivencia de su unidad doméstica, actualmente varios hermanos aportan sus ingresos y, por ende, el suyo sólo es complementario. La segunda, de 45 años, es la penúltima de 11 hermanos y entró a trabajar en una industria textil; ahora es la proveedora principal del hogar. La última, de 60 años y la mayor de cinco hermanos, empezó a laborar joven porque los ingresos paternos no eran suficientes; hacía trabajo de maquila domiciliar, luego entró a una seleccionadora de cacahuete y por último en la chocolatera. Vive sola.

Las historias laborales de las mujeres solteras se pueden dividir en dos grupos: en el primero están las que, por su edad, tienen ya pocas probabilidades de contraer nupcias y en este momento son las principales proveedoras de su hogar. Para ellas, el trabajo asalariado no es una etapa de transición sino que ya forma parte de su vida. En cambio, en el segundo grupo están las solteras jóvenes que consideran su estado civil como una etapa previa al matrimonio y por ende el trabajo asalariado constituye únicamente una forma de salir del ámbito familiar y del barrio, que les permite relacionarse con personas más allá de este medio y, por supuesto, al mismo tiempo contribuyen a sufragar los gastos de su hogar al no ser una carga económica para éste. Sólo en este caso estaríamos hablando de su salario complementario sin el cual la economía doméstica no se vería seriamente desequilibrada.

Por último, y antes de pasar al siguiente punto, hay que decir

que encontramos que las mujeres no sólo no se conforman con estar en un empleo formal sino que, a menudo, buscan otros ingresos complementarios (lo que nos recuerda, sin demasiada suspicacia, los bajos niveles salariales de los trabajadores de la producción).⁸ Cinco del total obtienen ingresos adicionales con trabajos extra: maquila a domicilio y venta al menudeo, básicamente.⁹

La esfera doméstica

La pregunta pendiente es cómo se las han arreglado estas mujeres, solteras, casadas, separadas o madres solteras, para compaginar el trabajo doméstico y, en general, las responsabilidades de la reproducción social —sobre todo, pero no exclusivamente, aquellas con hijos— con el trabajo asalariado.

En múltiples estudios (Heyzer, 1981; Moser, 1981; Benería, 1979, entre otros) se ha comprobado que las mujeres casadas y con hijos difícilmente permanecen en el empleo, y aquellas que lo hacen están más bien en trabajos de tiempo parcial, flexible y donde es posible regular el tiempo y ritmo de trabajo. Las mujeres cuyos casos presentamos, independientemente de su posición en la familia, estado civil o número de hijos, han permanecido, como hemos visto, en una tarea que está lejos de ser flexible; aquí, como en todos aquellos empleos considerados formales, hay una clara distinción entre tiempo de trabajo y tiempo libre y los empleadores no hacen concesiones a las mujeres obreras aunque se sabe, y se refuerza en todos los ámbitos sociales, su papel primordial como encargada del funcionamiento del hogar.

Primero examinaremos en qué tipo de unidades domésticas están nuestras entrevistadas.¹⁰

⁸ Es sabido que los salarios de los trabajadores en México no son suficientes para satisfacer las necesidades de una familia. Las percepciones de los obreros jaliscienses son aún más bajas. Aehnelt (1985) estudió tres empresas alemanas ubicadas en México. Una de ellas tiene sucursales tanto en México, D.F., como en Jalisco, y esto le permitió demostrar que dentro de una misma corporación los salarios pagados en Jalisco eran menores que los de la planta del D.F.

⁹ Las obreras que más recurren a estos trabajos complementarios del ingreso son las que laboran en la fábrica de alimentos (cuatro de diez). Esto se debe, muy probablemente, a que los salarios y prestaciones en esta empresa son menores a aquellos de la industria electrónica y también a que, por la edad de las entrevistadas, tienen mayores responsabilidades que las otras.

¹⁰ Para una definición de estas categorías véase García, Muñoz y de Oliveira (1982:58).

De las 14 solteras, seis viven en familias nucleares “completas”, o sea que cuentan con padre y madre. Dos pertenecen a familias nucleares encabezadas por una madre viuda o separada, otras tres a familias extensas, una vive en una familia sin componente nuclear del jefe/pluripersonal y las dos últimas son solas (sin componente nuclear del jefe/unipersonal).

De las 18 mujeres con hijos, ocho viven en familias nucleares, seis de las cuales son “completas” y dos carecen del hombre jefe. Nueve obreras pertenecen a familias extensas y una vive en una familia compuesta.

Las mujeres sin hijos

Las solteras (y esto no es una sorpresa) tienen, en general, una carga doméstica mucho menor que las mujeres con hijos. El trabajo doméstico siempre se ha repartido entre las madres y las hermanas que no están en el mercado de trabajo o, en el caso de una de ellas, entre las tías mayores que comparten la casa; sin embargo, aquéllas siempre tienen determinadas responsabilidades domésticas, sobre todo las que conciernen al lavado y planchado de su ropa, y los fines de semana asignan un tiempo a las tareas domésticas, ayudando a la madre.

Las solteras que componen la muestra realizan poco trabajo doméstico, no dan todo su salario, cuando mucho cooperan con la mitad de sus ingresos, y la otra mitad la guardan para ellas. Compran su ropa y cubren sus gastos. Dos de ellas declararon estar ahorrando para adquirir un coche. Pero veamos un caso límite, el de Imelda, obrera soltera de la industria electrónica.

Imelda es la única mujer de su unidad doméstica. Ella y sus cinco hermanos quedaron huérfanos y nuestra entrevistada se dedicó a hacerles “pie de casa”. Actualmente tiene 36 años, sus hermanos siguen viviendo en el hogar, ninguno se ha casado, no hacen trabajo doméstico alguno y son “muy desobligados” ya que casi no le dan dinero para el gasto. El más chico (19 años) tiene “problemas emocionales” y no estudia ni trabaja. Se supone que él es quien debería de ayudar a Imelda en las tareas del hogar pero con frecuencia, si ésta le reclama cualquier cosa o simplemente le dice algo, se enoja y se sale todo el día. Imelda, además de hacer el trabajo doméstico se ve obligada a hacer horas extras y vender cosméticos para poder mantener a su unidad doméstica. Algunas veces piensa en dejar todo e irse a los Estados Unidos donde tiene un hermano pero no se decide y sigue manteniéndolos y “renegando de haber nacido mujer”. (Entrevistas.)

En todas las unidades domésticas —incluso las de mujeres con hijos—, cuando se refieren al sexo opuesto (padre, hermanos o marido) afirman, como constante, la poca injerencia de éstos en las tareas del hogar. En boca de una de ellas: "...mi mamá los acostumbro a no hacer nada, ni siquiera a dar el chivo [el dinero para el gasto]...". Las mujeres subrayan y reafirman que la división sexual del trabajo asigna como exclusivamente femeninas todas aquellas tareas relacionadas con el ámbito doméstico.

Las mujeres con hijos

Sabido es que las mujeres con hijos tienen una carga considerable de trabajo doméstico; para aquellas que pertenecen a hogares que carecen del hombre jefe (separadas y madres solteras) hay que agregar, además de los quehaceres del hogar y el trabajo asalariado, la responsabilidad de la reproducción social de los miembros de su unidad, responsabilidad que deben asumir solas.

Aquí habría que pensar en términos diacrónicos, ya que las mujeres enfrentan una situación diferente cuando los hijos están pequeños —ellas necesariamente deben recurrir a alguien para auxiliarlas— o cuando, en un segundo momento, los hijos crecen y contribuyen con un salario mientras las hijas auxilian a la madre en el cuidado de los menores y el aseo del hogar y con frecuencia también con un salario; en otras palabras, depende de la fase del ciclo doméstico en la que se encuentren estas familias.

En este aspecto, para nuestras entrevistadas los parientes femeninos son de capital importancia para permitirles el ingreso y permanencia por largos periodos de tiempo en un trabajo formal y en caso de necesidad, la posibilidad de "doblar" (repetir turno) sin que por esto los hijos y la casa queden demasiado "al garete". Madres, hermanas, hijas mayores y, en menor medida, abuelas, tías y suegras se quedan a cargo de niños y de gran parte del trabajo doméstico. Únicamente en un caso encontramos ayuda de parte del sector masculino de la unidad doméstica, pero desgraciadamente esta ayuda duró poco pues el marido "se enfadó" pronto (*vide infra*).

Sin embargo, el trabajo asalariado fuera de casa no exime a las mujeres del trabajo doméstico. Todas ellas tienen que cumplir con una carga, mayor o menor según las circunstancias particulares, del "quehacer". Todas ellas emplean el tiempo fuera de la fábrica y los días de asueto en ponerse al corriente en las labores domésticas atrasadas. Esto no sucede así con los hombres.

Veamos algunos ejemplos concretos. Una de las madres solte-

ras y otra de las separadas afirman que sus madres siempre les ayudaron en el cuidado de los hijos, mientras ellas hacían la comida en la madrugada, lavaban y planchaban en las tardes para, los fines de semana, hacer el resto del trabajo doméstico. Otra, separada, regresó con sus padres y gracias a ello las hermanas y la madre se hicieron cargo del cuidado de los niños.

Respecto a las casadas, en un caso la vecina cuidaba de los hijos y ella le daba una pequeña retribución económica. Comenta: "...mi marido nunca ayudó en nada, a pesar de que ambos trabajamos siempre...". Otra de ellas fue ayudada por su hermana, que además era vecina, y cuando los hijos fueron creciendo, se cuidaban solos. Su marido no coopera en las tareas domésticas o el cuidado de los hijos "...ni para bien ni para mal, tal vez porque así lo acostumbraron en su casa...".

Algunas de estas mujeres, sin parientes femeninos cercanos, deciden arriesgar mucho con tal de poder permanecer en el sector formal de la industria. Una de nuestras entrevistadas pensionó a uno de sus hijos mientras crecía lo suficiente como para poder quedarse solo, mientras tanto una hija un poco mayor cuidaba al hermanito más pequeño hasta que la mamá regresaba del trabajo. Actualmente ya están los tres niños en la casa y se cuidan solos mientras nuestra entrevistada trabaja. Tal vez el caso más extremo es el de Rosalía:

Rosalía, casada, con dos hijos, entró al mercado de trabajo cuando cesaron a su marido de Vidriera Guadalajara. Este "permitió" que ella trabajara mientras él lograba establecerse como taxista. El que Rosalía tuviera un trabajo en una gran empresa (Kodak) permitía el acceso al IMSS, y entre otras cosas —la que más interesaba al marido— al Fonacot, ya que éste quería adquirir un aparato de televisión a color. Durante nuestras primeras visitas, Roberto ayudaba mucho a su esposa en las labores domésticas, recogía a los niños, cambiaba pañales, lavaba biberones, daba de comer. Al ser taxista, podía acoplar su turno de trabajo y complementarse con Rosalía en la atención de las diversas tareas domésticas. Sin embargo, al cabo de un año la situación había cambiado grandemente. La televisión había sido adquirida y Roberto exigía a su esposa que dejara el trabajo y se ocupara de las tareas domésticas. Rosalía, quien ya había tomado gusto al trabajo asalariado que le daba independencia y un espacio propio, no estaba dispuesta a dejarlo. Decía, al constatar que su marido no había hecho nada en la casa: "...lo hace con toda premeditación, pues ya no quiere que siga trabajando, pero yo no le hago caso, pues a fin de cuentas él no me da el dinero que yo gano, así que quiera o no yo voy a seguir con mi trabajo...". La relación familiar se estaba deteriorando rápidamente y llegaron rumores a oídos de Rosalía de que

el marido andaba de “galán con una fulanita”, por lo cual ella estaba pensando “ponerlo de patitas en la calle”.

Los niños estaban gran parte del tiempo solos y Rosalía tuvo que recurrir a una vecina para que le llevara y trajera al más pequeño a la escuela. El grande (nueve años) va a la primaria y es muy responsable, tiene llave de la casa y se ocupa del hermanito y ayuda a su madre en las labores domésticas. Los niños están solos en casa pues el papá, “...para darme en la cabeza...”, dice Rosalía, “...sale a trabajar cuando yo también estoy en el trabajo...”. Por eso prefiere que en Kodak le asignen al turno nocturno, el único en que el esposo no puede salir a trabajar al mismo tiempo que ella. Así, durante el día ella puede convivir con sus hijos, revisar tareas aunque se “...duerma como caballo lechero...”, de pie, haciendo las tareas domésticas. (Entrevistas.)

Las estrategias domésticas de estas 32 mujeres obreras confirman la importancia de contar con miembros femeninos que las apoyen —sobre todo a las que tienen hijos— en las tareas de la reproducción, mientras ellas se abocan a conseguir un salario regular y a mantener un empleo en la industria formal que trae aparejadas otras prestaciones indispensables a la sobrevivencia de las unidades domésticas obreras. Esto es más importante en aquellos hogares donde falta el hombre jefe.

La relevancia del trabajo formal

¿Por qué estas mujeres prefieren el trabajo en la industria formal a otro más flexible en el sector informal de la economía? Vemos que varias de ellas han tenido experiencias laborales en formas de organización de la producción informales (talleres, pequeñas fábricas, maquila domiciliaria) y en el sector de servicios como empleadas domésticas, de comercio, recepcionistas y enfermeras. Las razones que las mujeres aducen y las que aparecen a través de sus relatos, están relacionadas con la seguridad en el empleo, la certeza de que estas industrias, por su magnitud, difícilmente cerrarán sus plantas, y la convicción de que semana a semana recibirán su salario.

Otro atractivo importante son las prestaciones a las que el trabajo en la industria formal da derecho: atención médica para ellas y sus parientes cercanos,¹¹ acceso al crédito, a préstamos, a casas

¹¹ La atención médica es de gran importancia para las trabajadoras con hijos pues el contexto de insalubridad en el cual viven —asentamientos irregulares con escasez de servicios o barriadas deficientemente urbanizadas— provoca con

del Infonavit, guarderías del IMSS,¹² etcétera.

Por un lado, tienen la posibilidad de doblar o triplicar turnos cuando surge una emergencia en casa, o simplemente cada vez que se les presenta la ocasión, ya que sus salarios son apenas superiores al mínimo. Esta duplicación del turno de trabajo es algo que nuestras entrevistadas hacen con frecuencia, en detrimento de su salud, así se duerman “como caballos lecheros”, de pie, como dijo una de las trabajadoras. Por otro lado, la certeza de recibir “la raya” les permite participar en rifas o tandas, una forma de ahorro muy socorrida entre los pobres urbanos. Muchos lotes se han comprado y muchas casas se han construido gracias a estos métodos.

Hay otros elementos importantes que las mujeres valoran al tener la experiencia de un trabajo formal, y que van más allá de consideraciones económicas. Aprenden a apreciar el trabajo colectivo, extradoméstico, que les proporciona autonomía y un sentimiento de independencia, es decir, les permite una socialización más allá del espacio de las relaciones de parentesco y barriales. Esto las puede llevar a vivir otro tipo de experiencias: una de las entrevistadas, por ejemplo, llegó a ser representante sindical, lo cual le permitió conocer a mucha gente y a personajes importantes de la vida política y sindical.

Tanto los trabajos en el sector servicios como en el informal tienen también sus desventajas. Por principio de cuentas, los sueldos para las mujeres que en ellos laboran no son superiores a los que perciben en el sector manufacturero formal. Los horarios matutinos y vespertinos dejan menos tiempo para dedicarlo a los hijos y las labores domésticas. Por último, en estos trabajos se exige “im-plecable presentación”, lo cual implica un gasto importante en ropa, cosméticos y accesorios. La única ventaja de este tipo de trabajo, según la percepción de las obreras, es que trae aparejado un mayor estatus.

frecuencia enfermedades gastrointestinales y bronquiales, sobre todo en niños y ancianos.

¹² El uso de las guarderías está muy poco generalizado entre las obreras entrevistadas por dos razones principales: primero, porque la gran mayoría se encuentran saturadas y es difícil acceder a ellas y, segundo, porque están lejos del lugar de residencia y de trabajo. De los 18 casos de mujeres con hijos, sólo una usa dicho servicio, lo que no quiere decir que no sean utilizados por las obreras en general.

Consideraciones finales

Los estudios aquí presentados muestran cómo las mujeres, no obstante su fuerte carga de trabajo doméstico, producto del papel asignado a ellas en la reproducción social, consideran el empleo remunerado como prioritario y logran armonizar el ámbito doméstico, femenino “por excelencia”, con el ámbito laboral, antes predominantemente masculino y ahora cada vez más compartido. Paralelamente a este cambio, el ámbito doméstico no se ha “masculinizado”, cuando menos en el sector obrero, y por ende hay un desfase cada vez mayor, en el que las mujeres salen perdiendo por la asignación de la conocida doble jornada.

Las obreras entrevistadas reproducen estas relaciones desiguales que se dan tanto en el ámbito doméstico como en el del trabajo, pues se encuentran inmersas en una cultura que refuerza la aceptación de su posición subordinada. Los valores, costumbres y tradiciones de esta cultura son alimentados por las instituciones sociales (iglesia, familia, Estado, medios de comunicación, etc.), y se encuentran fuertemente integrados en las relaciones y en la organización de la sociedad.

La inserción de las mujeres al mercado de trabajo está más fuertemente condicionada que la de los hombres por su posición en la familia y la etapa del ciclo doméstico; es decir, la mujer está subordinada al papel principal que le ha asignado la sociedad como responsable de la reproducción cotidiana y generacional de la fuerza de trabajo.

Como indican Jelin y Feijoó (1983), dichas responsabilidades se contraponen con las actividades laborales y crean en las mujeres presiones cruzadas. Las asalariadas se ven forzadas a delegar algunas de sus “obligaciones” domésticas en otras personas y no es casual que éstas sean también mujeres. En vista de esta dualidad de funciones —producción y reproducción—, las mujeres sufren un gran desgaste y sacrifican la atención y el bienestar de los niños y de la familia en general.

Las repercusiones de esta situación han sido poco estudiadas por los interesados en estos temas. Por otro lado, el capital y el Estado han obviado las consecuencias que derivan de este doble papel femenino. La razón es evidente: a ambos correspondería proveer la infraestructura necesaria para mantener el bienestar y el nivel de vida de sus asalariados. Así, delegan los costos de reproducción de la mano de obra principalmente en las mujeres y sus unidades domésticas.

No obstante las dificultades que para las mujeres implica el tratar de cumplir con las obligaciones derivadas del trabajo doméstico y asalariado, particularmente en el sector formal, donde no se puede atender un ámbito sin desatender el otro, las trabajadoras, como se vio anteriormente, permanecen largos años, la mayoría sin interrupción, en el sector productivo. Esto puede tener varias explicaciones.

Por un lado, están las limitaciones del mercado de trabajo femenino en Guadalajara, donde aquellas mujeres con baja escolaridad y escasa calificación tienen muy reducidas opciones de empleo. En los casos que presentamos hay varios ejemplos de obreras que incursionaron en el sector informal y su ingreso al trabajo fabril implica el primer empleo estable, seguro y difícilmente reemplazable en un contexto de excedente de mano de obra y altas tasas de desempleo y subempleo.

Por el otro lado, la crisis por la que atraviesa el país ha agudizado esta situación, lo que implica que más miembros de cada unidad doméstica tengan que aportar un ingreso para poder mantener un nivel mínimo de bienestar. De tal manera, un mayor número de mujeres se ven obligadas a buscar empleo; aquellas que lo tienen lo conservan a pesar de los impedimentos derivados de los condicionantes contextuales, familiares e individuales.

Tanto la historia ocupacional de nuestras entrevistadas como sus entradas y salidas del mercado de trabajo se encuentran ligadas a los avatares de su unidad doméstica, en íntima relación con la fase del ciclo doméstico por el que atraviesa la familia y el ciclo vital de la obrera.

Las solteras generalmente ingresan al trabajo cuando su unidad se encuentra en el ciclo de expansión (más bocas para alimentar que proveedores de ingresos). O, al estar ya en la fase de equilibrio y haber terminado su carrera escolar (no existe la noción, y a veces ni la posibilidad, de realizar estudios superiores), sólo les quedaría la alternativa de ayudar a la madre en las tareas domésticas o salir de la casa y obtener un ingreso propio que les dé un poco de independencia y otros horizontes.

Para las casadas, la iniciación de la vida laboral o su reincorporación se produce cuando surgen mayores necesidades o hay desequilibrios en el ingreso familiar (pago de renta, despido del trabajo del esposo, enfermedad).

Para las madres solteras el trabajo asalariado se vuelve indispensable porque los padres de los hijos en ningún caso se responsabilizaron de ellos; éste también es el caso de las divorciadas/sepa-

radas, quienes entran o reingresan al mercado de trabajo cuando se separan de sus compañeros; si ya están en él, esto les da seguridad para romper con una situación que para ellas se volvió intolerable.

Esto nos lleva a plantear la discusión que ha surgido acerca de la importancia del salario femenino para la economía familiar. La pregunta es si se trata de un salario complementario o indispensable. Los estudios de caso que analizamos muestran que los hogares de las trabajadoras no podrían prescindir de sus ingresos, incluso entre las solteras jóvenes.

Así, a medida que la mujer se incorpora al trabajo asalariado, y al no haber un cambio en las relaciones de género, su opresión se agudiza y toma nuevas formas tanto en el ámbito doméstico como en el laboral. Es necesario continuar las investigaciones sobre estos temas y la búsqueda de herramientas de análisis que permitan comprenderlos cabalmente. Recibido en febrero de 1990.

Recibido en febrero de 1990.

Revisado en abril de 1990.

Bibliografía citada

- Aehnelt, Reinhard, *Las transnacionales alemanas en México. Los casos de Volkswagen de México, Química Hoechst de México y Siemens, S.A.* Informe de investigación, Guadalajara, 1985.
- Arenal, Sandra, *Sangre joven. Las maquiladoras por dentro*, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1986
- Arias, Patricia, "El empleo a domicilio en el medio rural: la nueva manufactura", en *Estudios sociológicos*, vol. VI, núm. 18, septiembre-diciembre de 1988.
- Arriola Woog, M., *El programa mexicano de maquiladoras, una respuesta a las necesidades norteamericanas*, Universidad de Guadalajara/IES, Guadalajara, Jal., 1980.
- Beechey, Verónica, "Cristal analysis of some sociological theories of women's work", en *Feminism and Materialism*, Annette Kuhn and Ann Marie Wolpe (ed.), Londres, Routledge & Kegan Paul, 1978.
- Benería, Lourdes, "Reproducción, producción y división sexual del trabajo", en *Cuadernos Agrarios 9, La mujer campesina*, México, UAM-Iztapalapa/Conacyt, 1979.
- Carrillo, Jorge y Alberto Hernández, *Mujeres fronterizas en la industria maquiladora*, SEP/Cultura, Cefnomex, 1985.

- Christenson, Bruce, B. García y O. de Oliveira, "Los múltiples condicionantes del trabajo femenino en México", en *Estudios Sociológicos*, vol. VII, núm. 20, mayo-agosto de 1989.
- Durand, Jorge, *Los obreros de Río Grande*, El Colegio de Michoacán, Zamora, Mich., 1986.
- Edholm, Harris y Young, "La conceptualización de la mujer", en *Estudios sobre la mujer*, tomo 1, *El empleo y la mujer. Bases teórico-metodológicas y evidencia empírica*, Serie de Lecturas ni, México, SPP, 1982.
- Escobar, Agustín, *Con el sudor de tu frente. Mercado de trabajo y clase obrera en Guadalajara*, El Colegio de Jalisco, 1986.
- Gabayet, Luisa, "Regional Development, Industry and Workforce: The case of Guadalajara and its Region, Mexico", tesis de doctorado, Universidad de Durham, junio de 1983.
- _____, "La transnacionalización del capital y su impacto sobre la mujer del Tercer Mundo", en *Cuadernos*, núm. 8. Revista de Ciencias Sociales, CICS/Universidad de Guadalajara, septiembre-diciembre de 1988:24-28.
- _____, "La industria electrónica de Guadalajara y su fuerza de trabajo", en De la Peña *et al.* (comps.), *Crisis, conflicto y sobrevivencia: estudios sobre la sociedad urbana*, Universidad de Guadalajara/CIESAS (en prensa).
- _____, *Women in Transnational Industry: The Case of the Electronic Industry in Guadalajara, Mexico*, Texas Papers on Mexico, Universidad de Texas en Austin (en prensa).
- _____, *Mujeres y sociedad. Salario, hogar y acción social en el occidente de México*, El Colegio de Jalisco/CIESAS, Guadalajara, 1988.
- García B., H. Muñoz y O. de Oliveira, *Hogares y trabajadores en la ciudad de México*, El Colegio de México/UNAM, México, 1982.
- González de la Rocha, Mercedes, *Los recursos de la pobreza. Familias de bajos ingresos en Guadalajara*. El Colegio de Jalisco/CIESAS/SPP, Guadalajara, 1986.
- _____, y Agustín Escobar, "Mujeres y escolaridad en la industria tapatía", en *Renglones*, año 3, núm. 8, agosto de 1987.
- Hernández Águila, Elena de la Paz, "Las adornadoras en Guadalajara, condiciones de trabajo y salud", tesis de licenciatura en sociología, Universidad de Guadalajara, 1983.
- _____, *La fábrica va al campo: las mujeres de Tlajomulco de Zúñiga*, tesis de maestría en sociología, Universidad de Guadalajara (en preparación).
- Heyser, Noeleen, "Toward a framework of analysis", en Young y Moser (eds.), *Women and the Informal Sector*, boletín del IDS, Sussex, Brighton, Inglaterra, vol. 12, núm. 3, julio de 1981.
- Iglesias, Norma, *La flor más bella de la maquiladora*, SEP/Cultura, Cefnomex, 1985.
- Jelin, E. y M. del C. Feijoó, "Presiones cruzadas: trabajo y familia en

- la vida de las mujeres", en Wainerman *et al.*, *Del deber ser y el hacer de las mujeres*, México, PISPAL, El Colegio de México, 1983.
- Lailson, Silvia, "La mujer y el proceso de industrialización: su impacto y consecuencias", Zamora, Mich., El Colegio de Michoacán, tesis para optar por el grado de maestría en antropología social, 1987.
- _____, "La mujer obrera en Guadalajara", en *Papeles de la Casa Chata*, año 2, núm. 3, México, 1987a.
- _____, "De mercaderes a industriales", en Patricia Arias (coord.), *Guadalajara, la gran ciudad de la pequeña industria*, Zamora, Mich., El Colegio de Michoacán, 1985.
- Moser, Caroline, "Surviving in the Suburbs", en Young y Moses (eds.), *Women and the Informal Sector*, boletín del IDS, Sussex, Inglaterra, vol. 12, núm. 3, julio de 1981.
- Padilla, Cristina, "Marginados o asalariados: el trabajo domiciliario de maquila en una colonia popular", México, Universidad Iberoamericana, tesis de licenciatura en antropología social, 1978.
- Safa, Helen, "El empleo femenino y la reproducción social en la clase obrera", en *Estudios Sociológicos*, vol. 1, núm. 3, septiembre-diciembre de 1983.
- Sánchez de Tagle, María, "La condición de la mujer en Guadalajara: las adornadoras de la industria zapatera", tesis de licenciatura en antropología social, ENAH, México, 1983.
- UNED, *Plan director de desarrollo socioeconómico. Sectores productivos*, 3. Departamento de Programación y Desarrollo del Gobierno del Estado de Jalisco, Unidad Editorial, México, 1981.
- Young, Kate y Caroline Moser (eds.), *Women and the Informal Sector*, Institute of Development Studies, boletín núm. 3, vol. 12, Sussex, Brighton, Inglaterra, julio de 1981.